

DOCUMENTOS RECIENTES DEL VATICANO

FICHAS TEMÁTICAS DIDÁCTICAS

FICHA 9. MOVIMIENTOS SOCIALES Y ECONOMÍA POPULAR

SOBRE EL PAPEL DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS POPULARES

Está avanzando una sensibilidad social diferente en relación con las situaciones de exclusión. Ello resulta del accionar de nuevos movimientos populares que a la vez que buscan instalar estas problemáticas en la agenda de la sociedad y demandan mayor participación y protagonismo en las decisiones de los poderes públicos.

Los movimientos populares se atreven a cuestionar las macro relaciones desde su arraigo a lo cercano, desde su realidad cotidiana, desde el barrio, desde el paraje, desde la organización del trabajo comunitario, desde las relaciones persona a persona.

SOBRE EL TECHO. Se requiere una casa para cada familia. Pero además, un techo, para que sea hogar, tiene una dimensión comunitaria: es en el barrio donde se empieza a construir esa gran familia de la humanidad, desde lo más inmediato, desde la convivencia con los vecinos.

Duele escuchar que a los asentamientos pobres se los margina o, peor, se los quiere erradicar. Se ven proyectos que pretenden barnizar los barrios pobres, emprolijar las periferias y maquillar las heridas sociales en vez de curarlas. Por

eso, ni erradicación ni marginación: Hay que seguir en la línea de la integración urbana.

En las barriadas populares subsisten valores ya olvidados en los centros enriquecidos. Los asentamientos tienen una rica cultura popular: allí el espacio público no es un mero lugar de tránsito sino una extensión del propio hogar.

Los barrios deben tener todas las cosas que crean vínculos y unen: una infraestructura adecuada (cloacas, luz, gas, asfalto), escuelas, hospitales salas de primeros auxilios, clubes deportivos.

Los pobres piensan y actúan en términos de comunidad, de prioridad de vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos.

La solidaridad es una lucha contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra y la vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales.

Los pobres no sólo padecen la injusticia, sino que también luchan contra ella. No se contentan con promesas ilusorias, excusas o coartadas.

Tampoco están esperando de brazos cruzados la ayuda de ongs, planes asistenciales o soluciones que nunca llegan o, si llegan o van en dirección o a anestesiar o domesticar.

Los pobres trabajan incansablemente en sus territorios y comunidades por la dignificación de la economía popular, por la integración urbana de sus villas y asentamientos, por la autoconstrucción de viviendas y el desarrollo de infraestructura barrial.

Ese arraigo al barrio, a la tierra, al oficio, al gremio, ese reconocerse en el rostro del otro, esa proximidad del día a día, con sus miserias (porque las hay), y sus heroísmos cotidianos, es lo que permite un encuentro genuino entre personas.

Los movimientos populares son sembradores de cambio, promotores de un proceso en el que confluyen millones de acciones grandes y pequeñas encadenadas creativamente. Van por otro camino que es, al mismo tiempo, local y universal.

Los pobres trabajan en lo cercano, en lo pequeño, en la realidad sectorial; pero, a la vez, lo hacen en una perspectiva que no sólo aborda la realidad sectorial sino que también busca resolver de raíz los problemas generales de pobreza, desigualdad y exclusión.

El futuro de la humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes, las grandes potencias y las elites. Está fundamentalmente en manos de los pueblos, en su capacidad de organizarse.

Los verdaderos movimientos populares, tienen una mística particular y un plus de sentido que solo los pueblos entienden. Eso es muy distinto a la teorización abstracta o la indignación elegante.

SOBRE LA ECONOMÍA POPULAR. Los trabajadores excluidos y sobrantes para este sistema, fueron inventando su propio trabajo con su artesanidad, su trabajo comunitario, su economía popular.

Son cartoneros, recicladores, vendedores ambulantes, costureros, artesanos, pescadores, campesinos, constructores, mineros, obreros de empresas recuperadas, todo tipo de cooperativistas y trabajadores de oficios populares que están excluidos de los derechos laborales, a los que se les niega la posibilidad de sindicalizarse, que no tienen un ingreso adecuado y estable.

Es una economía donde el ser humano, en armonía con la naturaleza, estructura todo el sistema de producción y distribución para que las capacidades y las necesidades de cada uno encuentren un cauce adecuado en el ser social.

Esta economía no es sólo deseable y necesaria sino también es posible. No es una utopía ni una fantasía. Es una perspectiva extremadamente realista.

Los movimientos populares tienen un rol esencial, no sólo exigiendo y reclamando, sino fundamentalmente creando.

Los trabajadores unidos en cooperativas y otras formas de organización comunitaria lograron crear trabajo donde sólo había sobras de la economía idolátrica.

Las empresas recuperadas, las ferias francas y las cooperativas de cartoneros son ejemplos de esa economía popular que surge de la exclusión y, de a poquito, con esfuerzo y paciencia, adopta formas solidarias que la dignifican.

Los pobres organizados se inventan su propio trabajo, creando una cooperativa, recuperando una fábrica quebrada, reciclando el descarte de la sociedad de consumo, enfrentando las inclemencias del tiempo para vender en una plaza, reclamando una parcela de tierra para cultivar y alimentar a los hambrientos. Con ello buscan sanar, aunque sea un poquito, aunque sea precariamente, esa atrofia del sistema socioeconómico imperante que es el desempleo.

Los movimientos populares recuperan fábricas de la bancarrota, reciclan lo que otros tiran, crean puestos de trabajo, labran la tierra, construyen viviendas, integran barrios segregados.

Es una solidaridad especial, que existe entre los que han sufrido.

Es una germinación lenta, que tiene sus tiempos como toda gestación.

SOBRE EL PAPEL DEL ESTADO EN RELACIÓN A LOS MOVIMIENTOS

POPULARES. Los gobiernos deben promover el fortalecimiento, mejoramiento, coordinación y expansión de estas formas de economía popular y producción comunitaria.

Esto implica mejorar los procesos de trabajo, proveer infraestructura adecuada y garantizar plenos derechos a los trabajadores de este sector.

Cuando el Estado y las organizaciones sociales asumen juntos la misión de las “tres T”, se activan los principios de solidaridad y subsidiariedad que permiten edificar el bien común en una democracia plena y participativa.

No se puede abordar el escándalo de la pobreza promoviendo estrategias de contención que únicamente tranquilizan y convierten a los pobres en seres domesticados e inofensivos.

El asistencialismo paternalista solo atiende ciertas urgencias, da respuestas pasajeras, coyunturales. Nunca podrían sustituir la verdadera inclusión: esa que da el trabajo digno, libre, creativo, participativo y solidario.

Las políticas sociales son concebidas como una política hacia los pobres pero nunca con los pobres, nunca de los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos es una especie de volquete maquillado para contener el descarte del sistema.

La distribución justa de los frutos de la tierra y el trabajo humano no es mera filantropía. Es un deber moral.

SOBRE LA RELACIÓN ENTRE PUEBLO Y DEMOCRACIA. La brecha entre los pueblos y las formas actuales de democracia se agranda cada vez más como consecuencia del enorme poder de los grupos económicos y mediáticos que parecieran dominarlas.

Las organizaciones de los excluidos están llamadas a revitalizar, a refundar las democracias que pasan por una verdadera crisis.

Los movimientos populares no son partidos políticos y, en gran medida, en eso radica su riqueza, porque expresan una forma distinta, dinámica y vital de participación social en la vida pública.

No hay que tener miedo de meterse en las grandes discusiones, en la Política con mayúscula.

La democracia se atrofia, se convierte en un nominalismo, una formalidad, pierde representatividad, se va desencarnando si deja afuera al pueblo en su lucha cotidiana por la dignidad, en la construcción de su destino.

El futuro de la humanidad no está únicamente en manos de los grandes dirigentes, las grandes potencias y las elites. Está fundamentalmente en manos de los pueblos, en su capacidad de organizarse.

SOBRE LOS RIESGOS DE LOS MOVIMIENTOS POPULARES. Hay dos riesgos que giran en torno a la relación entre los movimientos populares y la política: el de dejarse encorsetar y el de dejarse corromper.

Sobre el primero, algunos dicen: la cooperativa, el comedor, la huerta agroecológica, el microemprendimiento, el diseño de los planes asistenciales... hasta ahí está bien.

Cuando gritan, para señalarle al poder un planteo más integral, eso ya no se tolera, se están metiendo en el terreno de las grandes decisiones que algunos pretenden monopolizar en pequeñas castas.

Mientras se mantengan en el corsé de las «políticas sociales», mientras no cuestionen la política económica o la política con mayúscula, se los tolera.

No deben caer en la tentación del corsé que los reduce a actores secundarios, o peor, a meros administradores de la miseria existente.

Sobre el segundo riesgo (dejarse corromper), así como la política no es un asunto de los «políticos», la corrupción no es un vicio exclusivo de la política. Hay corrupción en la política, hay corrupción en las empresas, hay corrupción en los medios de comunicación, en las iglesias y también hay corrupción en las organizaciones sociales y movimientos populares. Hay una corrupción naturalizada en algunos ámbitos de la vida económica, en particular la actividad financiera.

Frente a la tentación de la corrupción, no hay mejor antídoto que la austeridad moral y humana, una austeridad en el modo de vivir.

Es justo que quienes han optado por una vida de servicio tienen una obligación adicional que se suma a la honestidad con la que cualquier persona debe actuar en la vida.

La vara es más alta: hay que vivir la vocación de servir con un fuerte sentido de la austeridad y la humildad.

